



CAPÍTULO IV.

TERMINA EL NOVICIADO.

- I. Es modelo universal.—Qué sentía de las conversaciones espirituales.—Industrias para mantenerlas.—Su trato comunicativo y materia de sus recreaciones.
- II. Sale á catecismos.—Trato con los connovicios.—Caridad con dos tentados.—A todos los mira como ángeles.—Toma de cada uno lo mejor.
- III. Unión con Dios.—Visitas, oración, devoción á Maria.—Particular afecto al misterio de la Concepción Inmaculada de la Virgen.—Devoción á los Santos.
- IV. Ejercicio diario de levantarse, meditación, Misa, examen, comida, recreación, acostarse, comunión.

I

EL que ha llegado á hacerse, como hemos visto, connatural la humildad, la mortificación familiar, deleitosa la obediencia, y la observancia habitual, consigue presto ser acabado modelo y llevar en pos de sí al olor de sus ejemplos la comunidad religiosa. Por tal solía proponerle el P. Maestro á sus novicios, y ellos en este espejo se miraban y remiraban emulándose en el deseo de copiar en sí la fisonomía de sus virtudes. Anhelaban su presencia y conversación

porque salían de ella grandemente aprovechados. Ayudábale á ser sus delicias la elocuencia maravillosamente pegadiza que á veces le brotaba por el semblante con enardecidos afectos, pues esta es propiedad de la virtud, no sólo andar alegre, pero alegrar también con su celestial dulcedumbre.

Propúsose desde el primer año hacer estudio de cosas espirituales, revolviendo autores piadosos y buscando maneras de practicar con más provecho los ejercicios comunes: así lograba inflamar el corazón, y á la vez enriquecer la memoria é ilustrar el entendimiento. En este punto refiere Guillermo Van Aelst el discurso que le oyó por estas palabras: *Estoy pasmado sobremanera, decía, de que haya quien no tenga gusto en hablar cosas de Dios. Ando en busca de las causas de tales repugnancias, y he dado con solas dos: ó es falta de materia, ó falta de afición. Pero ¿qué excusas son estas? Hemos de trabajar, y hacer de cosas santas buen acopio, con el acopio júntese el tenerlas en grande estima, y de suyo se cae el hablar de ellas con gusto y con provecho. ¿No vemos lo que hacen los que se dedican con ardor á una ciencia ó están adelantados en ella? ¿no gastan los ratos de conversación en asuntos literarios? ¿no confieren entre sí? ¿no razonan, no arguyen, no disputan? De mí sé decir que la quiete del mediodía me proporciona provisión de fervor para toda la tarde, y la de la noche alientos para la meditación ó comunión del día siguiente; y ha sido verdaderamente cosa de Dios que los Padres de la Congregación penúltima hayan sabido hacerse fuertes en mantener las recreaciones que se usan en la Compañía.*

Alude aquí el Santo á la grave contienda suscitaba entre los Padres de la Congregación general

sexta (1603), donde algunos, so pretexto de querer evitar ciertos escollos, proponían que de la hora señalada para recreación después de comer y cenar, la segunda mitad se emplease en lectura espiritual y rezo de devoción con que fomentar el espíritu. Después de una acalorada discusión juzgó por más conveniente la mayor parte de los vocales dejar intacta la hora entera que nuestro santo Patriarca había establecido, y discurrir medios para pasarla con fruto precaucionando los abusos á que podía ser ocasionada.

No podemos, llegando aquí, bastantemente encajarse la discreción y espíritu de nuestro Santo. Lástima que la injuria de los tiempos nos haya arrebatado la memoria de los hechos edificantes que con el nombre de *Ejemplos* solía referir á los novicios de Malinas ¹. Después que salió del noviciado hallóse un cuadernito suyo, donde tenía recogidos sucesos graciosos, que se proponía relatar en las horas de recreación, anécdotas, que traídas á cuento le daban pie para convertir un tema indiferente en razonamiento provechoso sin que nadie echara de ver el artificio. Por dicho de Guillermo Van Aelst, siempre que hablaba de cosas santas llenaban su pecho mil júbilos de contento, y se le enardecía el rostro sin ser dueño de contener el incendio. No por ser tan jovial y mostrar en lo risueño del semblante el alborozo de su alma, dejaba de estar muy ceñido dentro de los límites de la gravedad religiosa; que si supo descollar en la gracia del decir, en la modestia y serenidad se arrimó á la raya de excesivo.

En los primeros meses de novicio, así como todo el tiempo que estuvo en Roma, deseoso de herma-

¹ Proc. rom., pág. 358.

nar la devoción con la afabilidad, sentía gran consuelo en comunicar con sus hermanos las luces que en la oración recibía. No fué así durante el último año de noviciado.—*He observado*, decía, *que hablar en la quiete del fruto de la meditación, y perderle y secarme al instante, es todo una misma cosa.*—¿Sería por ventura que el espíritu de Dios, tan delicado y celoso de sus secretos, quería ver selladas con el silencio sus íntimas mercedes y caricias? ¿Quién osará escudriñarle? Lo que no admite duda es que este forzoso encogimiento, si debió de costarle sacrificios, nos ha privado á nosotros de aquellos rasgos de su alentado corazón que nos le dibujan tan al vivo.

Tema ordinario de sus discursos eran las proezas y conquistas de los misioneros que con inmensos trabajos fertilizaban á la sazón las Indias, el Japón y la China. El solo pensamiento de regar un día aquellos incultos campos con los sudores de su frente y también quizá con su propia sangre, vertida á manos de infieles, arrancábale hondos suspiros y lágrimas de devoción¹. El dilatado imperio de la China, que cuenta por provincias vastísimos reinos, bastantes para llenar la ambición de muchos conquistadores, parecíale empresa muy propia de los hijos de San Ignacio. La séptima Congregación general, cerrada dos años antes de éste en que vamos, había subido á grande honra con loores encarecidos las glorias de tan ilustre misión. De ella y de los sucesos de las Indias no bien se recibían nuevas en el colegio, aprovechándose Juan de la facultad de su oficio, convocaba á los Hermanos coadjutores, tras los cuales se le iban los ojos, y durante la recreación con sencillez y

¹ Proc. de Amb., pág. 192.

fervor se las contaba punto por punto. Para dar pábulo de algún modo al ardor apostólico que le devoraba, consiguió hacerles los catecismos. Sazonaba estas pláticas con avisos y consejos prácticos de perfección. Repetía á menudo: *No se puede dar un gran paso de una sola arremetida, despacio y seguidito hemos de andar hacia adelante.* Y aquí les narraba cómo él había llegado por este medio á ganar muchas victorias, por ejemplo, el pasar sin desayuno, y otras industrias de su fervor.

II

No era el celo de nuestro novicio como el de aquellos que, cebando el gusto en la aprensión de esperanzas halagüeñas que tal vez nunca han de pasar de imaginadas á reales, estánse mientras tanto mano sobre mano y consideran por de poca monta las obras de ningún lustre; él creía, por el contrario, colocar utilísimamente el tiempo cuando salía de su retiro, con la aprobación de sus mayores, á catequizar las aldeas y cercanías de la ciudad. La rudeza de aquellos pobres labriegos le robaba los ojos y el corazón. Convidábalos para que concurriesen á la iglesia del lugar; allí les explicaba la doctrina cristiana, los ganaba con su llaneza, atraía los y agasajábalos con amor y poníales afición á su amistad. Cautivados ellos con la gracia con que el joven doctrinero les hablaba del reino de Dios, le bebían con avidez las palabras. Los padres le encomendaban el cuidado de sus hijos, y éstas al-

mas inocentes, aficionadas á su mansedumbre y á la explicación de las cosas, estaban mejor dispuestas á guardar la ley de Dios.

Aquí se vió singularmente cómo con su trato sabía hacerse niño con los niños y acomodarse á los ingenios de todos. Seguíanle en tropel cuando salía de la iglesia, y templando el contento con la veneración, le acompañaban hasta la casa del noviciado; allí él á su vez, enternecido con ellos, por premio de su inocencia y voluntad, los despedía cargados de rosarios y cosas de devoción. Tornaban á sus casas saltando de placer, deseosos de poner por obra los consejos del Hermano Berchmans. Un día en que había repartido en una aldea rosarios á los niños y enseñádoles la manera de rezarle devotamente, cuando á las pocas horas volvió á pasar por allí, advirtió que unos rapazuelos detrás de un seto estaban de rodillas con el rosario en la mano: acércase, aplica el oído, y ¿cuál no fué su sorpresa cuándo les oyó decir el Padre nuestro y repetir el Ave María recogidos y devotos?

Los días de paseo, si divisaba á lo lejos algún muchacho, valíase del derecho de catequista y allá volaba llevando tras sí á los compañeros. Preguntábale las oraciones, explicábale las respuestas, y terminaba recomendándole en particular la devoción á la Virgen María. El niño, no pocas veces, espantado de verse sólo en medio de sotanas, apretaba á correr por aquellos campos sin volver la cara á las voces: el Hermano Juan pidiendo alas á su celo, seguía la pista, y daba con él tal vez en el momento de esconderse el atolondrado en el regazo de su madre, circunstancia muy del gusto de nuestro catequista, que no sólo con amores y doncellitos quitaba el miedo al es-

pantadizo chicuelo, sino que se hacía con los consejos amigo y consolador de toda la familia.

El afecto que mostraba á los infelices gañanes se convertía en tierna solicitud al tratar con sus propios Hermanos. A todos los tenía metidos en el corazón; afanábase por mostrarles finezas de amor; las penas de unos le atravesaban el alma, las alegrías de otros le regalaban y enternecían. Andaba un novicio tentado de melancolía: conoció Juan; juntósele, y con blandura le hizo presente el gran riesgo que corría. Y era la verdad, la fuerza de la pasión le traía á mal traer con desatinadas aprehensiones. Viéndose el Santo inhábil para serenar la agitación de aquel pecho que estaba ya á punto de naufragar, se arrojó á sus pies, suplicándole con lágrimas no se diese tanta prisa, que siquiera le prometiese algunos días de tregua. Dióle palabra el tentado á duras penas, importunado más que rendido. En seguida el caritativo Juan solicita las oraciones de los demás novicios, explica su deseo á la Virgen María con suspiros y amorosas quejas, insta, llora, echa el resto de sus fervores hasta salir con el sí de sus labios maternos, y alcanza en efecto al desalentado un poderoso auxilio con que, deshecha la borrasca, recobró la primera serenidad. De igual ardid usó para ganar y fortalecer á otro novicio, á quien el desamor al recogimiento le hacía insufrible el retiro del noviciado. Porfiaba en abandonarle; la fina caridad del Hermano Juan pudo desencastillarle de su imaginada temeridad. Siempre estaba dispuesto para emplearse en beneficio de todos, y éste cuidado le sugería gracias como decir hablando de sí: *No conviene criar el jumentillo regalón: buenos le son los palos á su tiempo y que gane el pan que come.*

En sus hermanos le parecía contemplar reverberada la santidad de los espíritus angélicos y sentir la compañía de estos purísimos seres; tan grande era el respeto con que los trataba. Ejercicio muy suyo fué poner los ojos en los novicios y actuarse en trasladar é inducir en sí las virtudes que más en ellos sobresalían. De uno copiaba los perfiles de la modestia, de otro las luces de la caridad, en éste consideraba el fervor, en aquél señalaba el recogimiento, aquí tomaba las sombras de la humildad, allí apuntaba las galas de la mansedumbre, y á ejemplo del primer poblador de los desiertos, el grande Antonio, hecho discípulo de todos, aprendía y recopilaba en sí los mejores delineamientos de todos, con que componía una hermosa y excelente pintura.

Esta ocupación, solía confesar, le consolaba sobremanera por el gran provecho que de ella sentía su alma. Siendo esto así, ¿cuándo pudo soltar palabras mortificativas en desestima ó desafecto de los compañeros? Era su caridad velo con que encubría, aligeraba ó excusaba las faltas ajenas, creyéndolas imposibles.— *Yo no alcanzo, decía, que un religioso pueda cometer pecados, cuando carece de toda ocasión de pecar. No, no puede ser que un hijo de la Compañía dé acogida al pecado* ¹. Notoria á todos era su costumbre de hacer reverencia á los ángeles custodios de los que encontraba: los novicios andaban á porfía en tan devota veneración; así venía á ser con la correspondencia de espíritus el noviciado de Malinas verdadera antesala del cielo ².

¹ Proc. rom., pág. 363.

² Ibid., pág. 360.

III

OR los frutos de estas virtudes se puede entender fácilmente cuál sería su amor de Dios, flor de la vida espiritual. Diferenciábale de los demás novicios aquella íntima unión que le tenía á todas horas el alma abrazada con el Espíritu divino. A cada respiración parecía enviar al cielo saetas amorosas y ofrecerse sin reserva al servicio de su Dios. Recogíase interiormente cada hora á tomarse cuenta de la precedente; y si tenía consigo á otro compañero, pedida licencia, se hincaba en la alcoba, sin afectación, pero sin respetos humanos, y al cabo de un *miserere*, volvía á proseguir la plática comenzada.

Durante el bienio siete veces al día de seguro buscaba la presencia de Jesús sacramentado, y con sus ansias de apagar la sed en las dulces corrientes de la gracia hubiérase estado largas horas comunicando con su Bien, á no llamarle á otra parte la obligación del oficio. Al despedirse suplicaba á los bienaventurados Luis y Estanislao, quedasen en lugar suyo, y á par de finos enamorados con las llamas de sus afectos hiciesen la corte á la adorable carne y sangre del divino Salvador ¹. Con el ejemplo provocaba á los novicios, y más de la mitad iban tras él después del examen de la noche á la capilla á ofrecer á nuestro Señor el día que terminaba, y á poner en sus manos el descanso de la noche. Por esta causa con harto motivo atribuyen los historiadores á la devoción

¹ Proc. rom., pág. 340.